

Día del libro 2020  
Un territorio, un libro

# La casa: lugar geográfico

Gloria Fernández-Mayoralas y Fermina Rojo Pérez,  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas



Entre los lugares geográficos, quizás sea la casa el lugar más próximo, privativo y con más significado para las personas.

La casa, en su doble dimensión física y simbólica, cubre varias de las necesidades básicas definidas por Maslow: la fisiológica de descanso, la de seguridad física y refugio, la de afiliación, pues es el espacio donde se despliega buena parte de las relaciones afectivas e íntimas, la de reconocimiento porque puede ser tomada como un símbolo de éxito, y la de autorrealización, pues en ese espacio propio podemos desarrollar nuestra creatividad y es también un laboratorio para la resolución de problemas.

La casa, en su sentido de hogar (el home, anglosajón, o el heimat, germano), es construida a lo largo de la vida, como un lugar que nos provee de satisfacción. La construimos en un espacio físico, la llenamos de simbolismo durante nuestra estancia en ella y nos la llevamos con nosotros cuando hacemos un cambio de domicilio. La mudanza, tener que cambiarnos de casa es, junto con la viudez y la pérdida del empleo, uno de los factores más estresante en la vida. Las personas queremos envejecer en nuestra casa (como traducción de inglés ageing at home), en aquella en la que, al menos las generaciones de adultos mayores actuales, hemos vivido durante buena parte de nuestra vida y en la que hemos acumulado tantos recuerdos y experiencias. Por ello, el traslado a una residencia de mayores puede ser una transición muy dolorosa en el plano afectivo, pues simboliza el último lugar antes de la muerte, y, por tanto, debería ser una decisión tomada por la propia persona mayor, naturalmente acompañada por quienes la quieren y respetan.

La casa puede devenir también en una prisión, cuando el propio espacio físico y la falta de equipamientos, como el ascensor o la calefacción, no proveen de la amigabilidad adecuada al deterioro funcional que se produce con la edad, lo que puede suponer un impedimento para una vida satisfactoria al interior o un obstáculo para relacionarnos con el exterior. Lamentablemente, la casa puede ser también una trampa cuando las relaciones con los otros no son saludables.

Además, la casa, en su sentido de espacio de vida, se localiza en un espacio exterior, el barrio y el vecindario (entendido como las personas que habitan en el mismo entorno residencial), de los que forma parte. Las calles, el comercio, los parques o el banco de la esquina donde sentarse a charlar con otros... Nuestro entorno se ve recuperado en estos tiempos de crisis, de emergencia sanitaria, cuando salimos a balcones y terrazas y nos saludamos en la distancia, con un gesto cómplice, de pertenencia a una comunidad. Vecinas y vecinos son una referencia muy bien valorada como elemento para la satisfacción y la calidad de vida en la vejez. Cuando la familia se encuentra lejos, la persona en la puerta de al lado o en el piso de arriba o de abajo puede ser alguien que simplemente nos haga la compra y nos alegre la vida. De hecho y obviamente, en la vejez las relaciones presenciales con vecinos tienen una frecuencia más elevada que con los propios miembros familiares.

En *Mortal y rosa*, novela de Francisco Umbral, encontramos espacios que el autor define por su nombre genérico: la casa, la alcoba, la cocina, la biblioteca, en cuanto a los interiores; y la ciudad, la calle, la iglesia, la pastelería, los jardines, el quiosco de prensa, en cuanto a los exteriores. Y cada lector puede identificarse con estos lugares que no le son desconocidos.

Dice Umbral: "Porque vives otras casas, las amueblas, las habitas, y algo te dice que no son tu casa. Entrás y sales en ellas. Pero un día encuentras la casa, tu casa, la que te esperaba, ésa que teje enseguida en torno a ti su silencio, sus sombras, su polvo, su tiempo, y de la que no vas a salir nunca, a la que volverás siempre. La casa que empieza a cerrarse como una tumba en torno a ti" (Francisco Umbral, *Mortal y rosa*, 1975).

En esta perspectiva, la ciudad sería un lugar sin nombre, vaciado de sus habitantes, y el relator casi un fantasma que transita por esos lugares.

